

LIBROS

60

LETRAS LIBRES
JULIO 2012

Félix Romeo

• NOCHE DE LOS ENAMORADOS

Marcelino Menéndez Pelayo

• ANTOLOGÍA DE ESTUDIOS Y DISCURSOS LITERARIOS

Miguel García Romero

• APUNTES BIOGRÁFICOS DE MENÉNDEZ PELAYO

Emilio Castelar, Bernardino Martín Mínguez

• EXAMEN CRÍTICO DE LA OBRA DE MENÉNDEZ PELAYO

Varios autores

• ESTUDIOS DE ERUDICIÓN Y HOMENAJE A MENÉNDEZ PELAYO

Antonio Santoveña Setién

• EL ÚLTIMO SABIO. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

David Miklos

• BRAMA

José Antonio Aguilar Rivera

• LA GEOMETRÍA Y EL MITO. UN ENSAYO SOBRE LA LIBERTAD Y EL LIBERALISMO EN MÉXICO, 1821-1970

José Antonio Aguilar Rivera (comp.)

• LA ESPADA Y LA PLUMA. LIBERTAD Y LIBERALISMO EN MÉXICO, 1821-2005

Guillermo Sheridan

• SEÑALES DEBIDAS

Luiz Ruffato

• INFIERNO PROVISORIO. VOLUMEN I. MAMMA, SON TANTO FELICE

NOVELA

Último alarido



Félix Romeo
NOCHE DE LOS ENAMORADOS

Barcelona, Mondadori, 2012, 142 pp.

✎ RICARDO CAYUELA GALLY

Noche de los enamorados es un libro de difícil clasificación. Lo fácil en esos casos es meterlo en el cajón de sastre de la novela, pero en realidad se trata de algo distinto: la historia real de un exorcismo privado.

Félix Romeo pasó año y medio en la cárcel de Torrero en Zaragoza cumpliendo la pena que se le impuso por negarse a hacer el servicio militar. Joven escritor premiado por su primera novela, *Dibujos animados*, no entró a una cárcel. Entró a un agujero pestilente y negro, con inocentes con largas condenas y con culpables a punto de salir. El primer día en su celda fue el 14 de febrero de 1995, el día de los enamorados. Y en esa misma celda, ese

mismo día, por la noche, conoció a Santiago Dulong, quien le confesó que había estrangulado a su mujer, María Isabel Montesinos Torroba. Este hecho se le quedó enquistado en la cabeza hasta este libro. En 1998, trabajando como conductor del audaz programa de televisión *La Mandrágora*, se topó en Zaragoza a Dulong ya libre y este le dirigió un amago de saludo, un guiño de viejos camaradas. Tengo para mí que este segundo encuentro con el asesino confeso volvió a poner a Félix Romeo en la urgencia de investigar la historia para poder narrarla. *Noche de los enamorados* es la historia de esa investigación y la narración de los hechos descubiertos. Y también, en clave autobiográfica, la relación entre esa investigación y esos hechos y la vida y la obra de quien los investiga y narra, el propio Félix Romeo.

En el libro demuestra que Dulong maltrataba a su segunda mujer y que la estranguló hasta matarla tras dejarla inconsciente, y además, sin necesidad de decirlo explícitamente, que también había matado a su anterior mujer, hecho por el que nunca se le condenó. Pero, sobre todo, narra por qué esto no se reflejó ni en la prensa que informó del crimen, ni en el juicio que culminó con una condena ridícula: un año de prisión por imprudencia temeraria. ¿Por qué? Porque Isabel era una mujer sin protección ni familia, sin dinero ni suerte, alcohólica, exprostituta, criada en los confines africanos de España, que había conocido a su asesino y marido en el bar de alterne en el que trabajaba. Ningún familiar fue para identificar su cuerpo y a nadie le importó su destino ni su final. Los policías del barrio estaban hartos de acudir al domicilio conyugal, en la calle de Barcelona, ante las denuncias de gritos y malos tratos, y ya habían advertido que solo irían si había sangre, y el fiscal no investigó los miles de hilos sueltos que el crimen dejó y que

habrían conducido a una condena diferente. Para el juez era otro día más de trabajo. Lo mismo que para el forense, que advirtió que la rápida muerte de María Isabel se pudo haber debido al reducido tamaño de su glotis, problema común en personas con problemas de alcohol durante años, y no a la mano que la estranguló. La prensa de nota roja, como buena ave carroñera, pronto se desentendió del caso ante el poco atractivo de una historia de marginales. Y máxime si coincidió en el tiempo con un joven iracundo que decapitó a otro en la calle de copas de Zaragoza con una espada de samurái. De hecho, el juicio y la sentencia consistieron básicamente en convertir a la víctima en culpable: por puta, por alcohólica, por problemática. Y no de una manera voluntaria: pura inercia burocrática, pura indiferencia de los profesionales en lidiar con el dolor ante el dolor humano. Pura negligencia sin consecuencias para los infractores. Todos menos el asesino, que en su celda de Torrero, con sus gafas y sus manías de enfermo de la próstata, no tiene reparos en decir la verdad al joven insumiso Félix Romeo.

Limpia de toda grasa, *Noche de los enamorados* es literatura magra. Una historia pata negra. No hay nada que no tenga una relación directa con lo que se cuenta, incluidas las referencias a cómo esta historia ya había asomado sus pestilentes patas, transformada en ficción, en su segunda novela, *Discothèque*, y cómo, en cierto sentido, era una historia encriptada semejante a la de *Amarillo*, en donde Romeo narra el suicidio de su amigo, Chusé Izuel, en Barcelona, cuando compartían el piso y el sueño de ser escritores en la Ciudad Condal. *Noche de los enamorados* es también un libro sobre sus libros anteriores. No por ego de artista, sino por necesidad narrativa. Y porque es consciente de las consecuencias de los libros cuando tratan de la cruda realidad y

las personas se ofenden o reclaman. Cuenta que cuando publicó *Amarillo* “habían transcurrido dieciséis años desde el momento de los hechos, el suicidio de Chusé Izuel, e hizo que eclosionaran miles de moscas. Todavía las estoy espantando. Sin mucho éxito.”

Noche de los enamorados narra también una parte desconocida de la historia de Zaragoza: Santiago Dulong, el asesino, era bisnieto del primer alcalde republicano (de la I República) de la ciudad. Y esta historia, también triste y decadente, acaba mal: nunca lograron hacerle una vindicación justa durante la II República y sus deudos vivieron y murieron en la pobreza. Además, Dulong fue toda su vida falangista y miembro de una cofradía católica desde su fundación en 1947. El documento cobarde, puro eufemismo, con que la cofradía informa de la muerte de la esposa de su vicepresidente, Santiago Dulong, es otra de las gotas de horror helado del libro:

[...] No queremos remover este hecho; simplemente queremos recordarte, porque eras asidua a los actos de la cofradía y siempre con tu marido, ahora después de esta separación terrena sabemos que te encuentras al lado del Padre Eterno disfrutando de la plenitud de su Compañía.

Y, sobre todo, *Noche de los enamorados* es una investigación sobre el sentido de las jergas y la inutilidad de las palabras policiales, jurídicas, históricas, periodísticas y literarias para perfilar la verdad: las mismas palabras que fueron incapaces de contar correctamente la historia de la muerte de María Isabel.

La tensión narrativa del libro nace de los sucesivos regresos que hace Romeo, en espiral, a la escena del crimen para ir ilustrando en la mente de los lectores los nuevos indicios que recoge tortuosamente, contra la voluntad de las partes y el

olvido, contra la carencia de archivos y leyes que permitan acceder a la información. Y en cada regreso, un elemento más del horror que vivió María Isabel el día que fue asesinada. Todo en un tono sincopado, de frases cortas y puntos y aparte. Por momentos, mezcla con maestría cómo se movía el Dulong preso, o lo que le dijo del asesinato, con la descripción más veraz a su alcance de la tarde del crimen:

Tras un tiempo indeterminado, aunque a mí Santiago Dulong me dijo en la celda que habían pasado diez minutos, quizá para seguir imponiéndose en su fanfarronería penitenciaria, se da cuenta de que María Isabel ya no se mueve.

Aterrador.

Félix Romeo fue un defensor incansable de la libertad en sus textos de prensa. Un humanista disfrazado de ogro que creía en la dignidad de las personas. Con *Noche de los enamorados*, lanzó su último alarido contra el abuso, la infelicidad y la miseria moral. Un alegato ético contra la España negra. Una venganza contra el cobarde compañero de celda que una noche de los enamorados le contó sin remordimiento que había estrangulado a su mujer.

CODA

Félix Romeo me escribió el 9 de marzo de 2010 para pedirme que buscara un corrido mexicano en el que se hablara de la muerte como “la pelona”. Nunca supe para qué lo quería, pese a que nos vimos varias veces más en viajes míos a España e intercambiamos cientos de *e-mails*. Cuando me tropecé con el corrido en la novela, sutilmente hilado con la trama, como las escasas citas literarias y artísticas siempre de mujeres en situación de abuso o indefensión, toda la contención que había logrado tener para leer su libro póstumo se desquebrajó. Pero esto ¿a quién carajos le importa? —

ESTUDIOS LITERARIOS

¿Maldito sea el martillo de herejes?



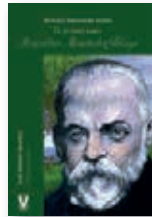
Marcelino Menéndez Pelayo
ANTOLOGÍA DE ESTUDIOS Y DISCURSOS LITERARIOS
ed. Mario Crespo López, Madrid, Cátedra, 2009, 496 pp.



Varios autores
ESTUDIOS DE ERUDICIÓN Y HOMENAJE A MENÉNDEZ PELAYO
Introducción de Gonzalo Capellán de Miguel, Santander, Universidad de Cantabria, 2011, 284 pp.



Miguel García Romero
APUNTES BIOGRÁFICOS DE MENÉNDEZ PELAYO
Santander, Universidad de Cantabria, 2009, 138 pp.



Antonio Santoveña Setién
EL ÚLTIMO SABIO. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO
Con dibujos y pinturas de José Ramón Sánchez, Madrid, Biblioteca de Menéndez Pelayo/Fundación Santander Creativa, 2012, 144 pp.



Emilio Castelar, Bernardino Martín Minguez
EXAMEN CRÍTICO DE LA OBRA DE MENÉNDEZ PELAYO
Introducción de Gonzalo Capellán de Miguel, Santander, Universidad de Cantabria, 2010, 226 pp.

CHRISTOPHER

DOMÍNGUEZ MICHAEL

No ha habido en la historia de la lengua española crítico literario que pueda compararse con Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912), dueño de una época que, afantasmada, se prolongó hasta pasado el medio siglo xx a través de los conciliábulos de hispanistas, las academias de la lengua y sus aletargadas sociedades correspondientes, de los actos solemnes de reafirmación de la Hispanidad. En México, por ejemplo, Francisco Monterde, quien llegaría a ser director de la Academia Mexicana de la Lengua, asumía, todavía en 1958, lo difícil que era apartarse de las opiniones de Menéndez Pelayo, a cuyas tensas

relaciones con la literatura mexicana le había dedicado un folleto. Reseñando ese impreso, el entonces joven filólogo Antonio Alatorre hubo de tomar la iniciativa, recordando que era posible admirar a don Marcelino sin sobajarlo mediante la adulación rastrera, la consecuencia del elogio astronómico. El asunto era viejo: en 1914 un Alfonso Reyes apremiaba a Pedro Henríquez Ureña en una carta enviada desde Madrid: “Es urgente, hace días que tengo esta angustia: hay que emanciparse de Menéndez Pelayo. Es casi imposible, pero de imprescindible necesidad. ¿Cómo hacer?”¹

Cumplido el centenario de su nacimiento en 1856, más allá de los dominios de la filología hispánica, el nombre de don Marcelino sabía a rancio, olía a naftalina, se veía vetusto como el retrato penumbroso de

1 Francisco Monterde, La literatura mexicana en la obra de Menéndez Pelayo, México, unam, 1958, p. 64. Antonio Alatorre, “Menéndez Pelayo, problema histórico” en Ensayos sobre crítica literaria, México, cnc, 1993 y 2001, pp. 151-159. Pedro Henríquez Ureña/Alfonso Reyes, Correspondencia 1907-1914, ed. José Luis Martínez, México, fce, 1986, p. 328.

un pariente lejano y empobrecido. Su nombre remitía a heroísmos remotísimos, a hidalguías apolilladas. Tres maldiciones, en mi opinión, le habían caído encima y no es seguro que haya sobrevivido, ileso, al mal fario de su posteridad.

La primera maldición le cayó a Menéndez Pelayo como consecuencia del estancamiento de toda la literatura española, relegada, por razones cuya discusión está en el centro de su propia obra, a un rincón intelectual de Europa durante casi doscientos años, desde el final del Siglo de Oro hasta que las generaciones del 98 y del 27, y en medio de ellas José Ortega y Gasset, acabaron de recuperar la escena. Relegación que Menéndez Pelayo atribuía no tanto a una Ilustración cuyo influjo secundario sobre la península juzgaba sin mayor acritud, sino al costo de la batalla española contra la Reforma. Fue la del siglo xvi una victoria pírrica, pues salvando a media Europa del protestantismo y llevando la fe al Nuevo Mundo, España se había vaciado, según lo dijo varias veces don Marcelino. Digamos que la diferencia capital entre el mundo de Menéndez Pelayo y el de la siguiente generación, la de Unamuno, fue que aquella postración al primero, castellano heroico, lo llenaba de gozo y al segundo lo hacía llover de dolor por España.

El caso es que con las muertes de Calderón de la Barca en la vieja España y de sor Juan Inés de la Cruz en la Nueva, ambas a fines del xvii, casi se extinguió el fuego del genio literario de la lengua. De él quedaban brasas, fosforescencias, fuegos fatuos, llamaradas de petate. Nada comparable a la *Vida de Samuel Johnson* de Boswell, a la poesía de Novalis o de Hölderlin, a los *Pensamientos* de Leopardi, al *Cándido* de Voltaire, a la crítica de arte de Diderot, a las baladas líricas de Wordsworth y Coleridge, a las novelas de Stendhal y Balzac se escribió en español durante ese largo período de vientre seco que solo termina verdaderamente con

la aparición de *La Regenta*, en 1884. Y el joven Menéndez Pelayo, orlado con una leyenda plena en todos los prodigios de la precocidad, al grado de que a sus veintitrés años ya tenía un biógrafo, se presenta en 1876 con *La ciencia española*, urgido de regeneración. Diez años antes de que aparezcan las grandes novelas de Clarín y Benito Pérez Galdós, Menéndez Pelayo pone el ejemplo. La madurez de la literatura española había llegado: España tenía un crítico. Pero no le sirvió de mucho tenerlo ni le duró demasiado el gusto.

La segunda maldición le cayó encima a Menéndez Pelayo veinticinco años después de su muerte. Lo convirtieron, los vencedores nacionalcatólicos y falangistas de la Guerra Civil de 1936, en el teólogo armado de la cruzada contra la República, esta última convertida en la verdadera “conclusión”, en el remate, de la *Historia de los heterodoxos españoles* que Menéndez Pelayo empezó a publicar a sus veinticinco años, en 1880. Tradicionalista autodefinido como “católico a macha martillo” y “martillo de herejes” en su juventud y luego crítico europeísta como lo han sido pocos, con la *Historia de las ideas estéticas en España* (1883) procreó una quimera mitológica. Para entrar en materia, a España, Menéndez Pelayo escribió una monstruosa introducción de 2,500 páginas que es una de las mejores historias de la literatura occidental. Pero nunca llegó, exhausto, a culminarla: la pobretona literatura española de los siglos XVIII y XIX lo deprimió y su empeño gigantesco quedó inconcluso, pues se proponía don Marcelino recorridos, aun para él, imposibles de culminar. Algo parecido le había ocurrido con su primer libro, *La ciencia española*, neurótico índice de los desconocidos sabios españoles y de sus inventos científicos, que, según la autorizada opinión del histólogo Santiago Ramón y Cajal, premio Nobel, lograba convencer al público de que, en efecto, muy poca ciencia había dado España a lo largo de su historia.

Menéndez Pelayo fue literalmente expropiado por los franquistas. Por iniciativa del ministro de Educación (y crítico literario también) Pedro Sainz Rodríguez, en 1938, a las editoriales que los conservaban le fueron expropiados sus derechos de autor para que el Estado hiciese una edición nacional del crítico convertido en un padrino de la cruzada, y sus reliquias fueron trasladadas en 1956 y en presencia del Generalísimo del cementerio municipal a la catedral de Santander.

Podría abrirse un caso, como el de Nietzsche y el nazismo, con don Marcelino y sus falsificadores, quienes desde que fue cadáver embalsamaron un santón donde había un crítico literario acostumbrado a mudar de opinión y a ejercer esa rareza entre quienes hablamos y pensamos en español: el ejercicio activo de la autocrítica sin el sofocante espectáculo de la autoflagelación pública. Y tanto peor el destino de un Menéndez Pelayo que el de un Nietzsche, porque, privado el español de valor universal, excluido sin piedad de la familia de grandes espíritus europeos a la que noblemente pertenecía y convertido en culto doméstico y orgullo autárquico de la España franquista, careció durante años de vindicadores honrados e imparciales. Entre los pocos, contaría yo a Guillermo de Torre, en la Argentina, quien en *Menéndez Pelayo y las dos Españas* (1943) ofreció una partitura trágica: en la obra de don Marcelino, medio siglo atrás, se había gestado la Guerra Civil de 1936.

En un libro noble que captura en su brevedad todo el espíritu de una obra, *Menéndez Pelayo, crítico literario. Las palinodias de don Marcelino* (1956), Dámaso Alonso insistió en la forma en que el santanderino no solo se rehízo de sus opiniones ultramontanas de juventud y del estilo enfático, propio del terror blanco, que le era característico, sino que corrigió varias cosas, templando liberalmente su ortodoxia: su condena de la poesía po-

pular, su incompreensión de Heine, su horror por la literatura alemana, entre varios asuntos. Y así como Alonso se ilusionaba pensando en que su propia generación, la del 27, habría hecho variar a don Marcelino en su execración de Góngora, yo creo que en 1936, tras algunos requiebros, Menéndez Pelayo habría aborrecido, como la aborreció Unamuno, la sedición contra la República. Esa individualidad intempestiva de Menéndez Pelayo la intuyó, desde que ambos eran jóvenes, Clarín: a los tradicionalistas neocatólicos “el mejor día se les escapa, pese a las alabanzas inmoderadas, y acaso por ellas. Se les escapará el día que advierta que el incienso está envenenado [...] porque entre ellos y él, a pesar de las apariencias, hay abismos”.²

Una tercera maldición proviene del carácter anticuado, antimoderno (entendiendo por modernidad, en este caso, la vanguardia) del juicio literario de don Marcelino, quien no quiso leer ni comprender la nueva literatura de su tiempo, ignorando el modernismo hispanoamericano y su equivalente antagónico en la península, la generación del 98. Quedó así como un Matusalén recorriendo los tiempos antiguos en círculos concéntricos: sus veintitantos tomos de *Orígenes de la novela* (1905) española no alcanzan a llegar a Cervantes y su *Antología de poetas líricos castellanos* (1890) se detiene, sádicamente, en Juan Boscán, antes del Siglo de Oro. Tras haber hecho casi solo la historia de la literatura española, lo más lejos en la cronología que llegó el crítico, quien había decidido expresamente ser como Taine y Renan y darle como ellos la espalda a la literatura de su tiempo, fue la condena de los krausistas en los *Heterodoxos*. Después —descontadas las concesiones que nos obligan a los críticos a prodigarnos en elogio eventual de algún paisano— examinó a la condesa de Pardo Bazán, cuya candidatura a la

² Leopoldo Alas Clarín, *Solos de Clarín*, Madrid, Alianza, 1971, p. 38.

Real Academia sostuvo en plan muy feminista, elogió a su íntimo liberal Juan Valera (aquí lo cegó del todo la amistad e imaginó a un poeta valioso en el amable novelista, curioso viajero, crítico muy sagaz) y dijo maravillas de Galdós, con quien murió enemistado, pues sus partidarios los enfrentaron en la fracasada quita por el Premio Nobel.

Pero volvamos a la *Historia de las ideas estéticas*, que examina el romanticismo como si fuera herejía antigua, con austeros honores, y termina su panorama en 1885, con la muerte de Víctor Hugo, en quien veía don Marcelino a un poeta de lo grotesco, a un precursor, se diría, del surrealismo. Creía Menéndez Pelayo, por si algo faltase, en que todo el mal que emponzoñaba a la literatura española provenía de Góngora y hubo invertida justicia poética en que, al rendirse el gusto del siglo XX ante el poeta de las *Soledades*, quedase condenado al oprobio su gran desdeñador. Para que lo oyeran los vivos, prefería el diálogo con los muertos.

Así, Menéndez Pelayo resultó obsoleto por partida triple: por ser el crítico que apagaba la luz y cerraba la puerta en la historia de una literatura, la española, tenida por lengua muerta; por haber sido ungido por la gente del general Franco para remarcar el carácter ultracatólico y antimoderno de su victoria en 1939; por su desdén de todo aquello que oliese a siglo XX, incluso lo que, no tan tarde en el tiempo decimonónico, lo anunciaba. No es extraño así que las historias anglosajonas y francesas de la crítica literaria sigan ignorando a Menéndez Pelayo: véase, por ejemplo, el ofensivo, por escueto, resumencillo que hace René Wellek de la obra de Menéndez Pelayo en el tomo VII su inconclusa *Historia de la crítica literaria*, terminada de publicar en 1992.³ Remitido al corral del

³ Es deprimente lo poco que se ha escrito sobre Menéndez Pelayo en otras lenguas. Una excepción reciente, un buen libro, es el de André Baron, *Menéndez Pelayo, son Espagne et la France. Quand s'incubait la guerre civile 1936-1939*, París, L'Harmattan, 2001.

hispanismo, pese a lo que dijeron de él Benedetto Croce y George Saintsbury, se ha querido privar a la literatura mundial de Menéndez Pelayo, insolencia equivalente a aquella que pretendiese quitarle a Europa al francés Sainte-Beuve, al italiano De Sanctis, al danés Brandes.

En este otro centenario, el de su muerte, la situación podría ser, ciertamente, peor: al menos sus principales libros, así sea en ediciones escasas de ciencia (así lo diría él), se reimprimen. En Santander, sede de la biblioteca y de la sociedad Menéndez Pelayo, se han reeditado, también, materiales esenciales para que pueda escribirse, algún día, la biografía crítica moderna que el erudito merece una vez concluido en 1974 el documentado esfuerzo hagiográfico emprendido desde la posguerra por Enrique Sánchez Reyes, hacedor de sus obras completas. Circulan como novedades los *Apuntes para la biografía de D. Marcelino Menéndez y Pelayo*, la primera biografía que escribiera Miguel García Romero en 1879 y un par de volúmenes de crítica, erudición y homenaje donde reaparecen los viejos textos escritos por Valera, Emilio Castelar, Bernardino Martín Mínguez (su peor enemigo), Juan Vázquez de Mella, Adolfo Bonilla y San Martín, Andrés González-Blanco, Luis González-Alonso Getino. Finalmente, apareció *El último sabio. Marcelino Menéndez Pelayo*, en realidad solo una útil crestomatía que, ilustrada con fotos de cajón y con unos dibujos horribles, es una edición tanto más decepcionante por ser su autor, Antonio Santoveña Setién, uno de los investigadores que más seriamente se habían ocupado previamente de don Marcelino. Desaguisados como este abonan la persistente idea de que el santanderino merece el olvido.⁴

Por fortuna, es posible releer a Pedro Laín Entralgo (*Menéndez Pelayo. Historia de sus problemas intelec-*

⁴ Juan G. Bedoya, "¿A quién le importa Menéndez Pelayo?" en *El País*, Madrid, 26 de mayo de 2012, p. 21.

tuales, 1944 y 1952) y a Alonso, cuyos libros prepararon el camino para que le tocara a la generación mejor pre-dispuesta a aborrecerlo, la salvación, por vía negativa otra vez, de Menéndez Pelayo. En su ejemplar de los *Heterodoxos españoles*, descubrió Juan Goytisolo a su primera gran pasión liberal, José María Blanco White, como lo cuenta en el prólogo (1975) a la *Obra inglesa* del canónigo sevillano. El mejor Carlos Fuentes, el de *Terra nostra* (también 1975), fue un lector confeso no solo del tratado antiherético sino de los *Orígenes de la novela*.

Leyendo la prolija inquisición que en 1898 dirigiera en su contra el jesuita Martín Mínguez, se entiende el caso abierto contra los *Heterodoxos* por aquellos que habían aplaudido la aparición en el estrado del catedrático imberbe y prodigioso. Era imposible que las minuciosas condenas escritas por el joven Menéndez Pelayo contra los albigenses de León, Erasmo y Servet, "la hechicería en la amena literatura", Blanco White o el abate Marchena, no excitaran la curiosidad, primero mórbida y luego liberadora, de sus lectores más indóciles.

Al autor de los *Heterodoxos* se le perdonaba, sin duda, la voracidad de su apetito, que lo llevó a citar mal, como le ocurre al buen memorioso, o a atribuirse descubrimientos ajenos como propios, no sin enmendarse después. Pero aquello que resultaba imperdonable para los ultramontanos en la Restauración no solo era su militancia en la Unión Católica, que había aceptado la tolerancia de cultos dispuesta en la Constitución de 1876, sino la constitución de un contra-canon que convertía a Menéndez Pelayo en el erudito custodio del infierno. De su cinto colgaban todas y cada una de las llaves maestras para abrir las celdas donde aguardaban el conocimiento prohibido de las heterodoxias medievales y renacentistas, del libre examen, del protestantismo, del liberalismo, de todos los pecados del siglo.

Ello no quiere decir que don Mar-

celino haya sido un sofista ni que sea dudosa la sinceridad de cruzado exudada en los *Heterodoxos*. Suya fue la afirmación de que el verdadero español no podía ser sino católico, de tal forma que el Santo Oficio había sido la benigna invención capaz de mantener inmaculada esa identidad. Cuando Ernesto Giménez Caballero lo pregona en 1927 como el profeta del “fascismo español”, no mentía: invocaba una de las posibilidades de desarrollo, pero no la única, de la obra marcelinesca, al grado de que no es una broma aquella de que el “menendezpelayismo” fue, más “el pensamiento José Antonio”, el marxismo-leninismo de la Falange. La otra dimensión, liberal-conservadora, la intuyó también el orador Castelar y Valera. A este último le confió, en una carta de 1887, la antipatía que le venía provocando la Inquisición, cuyo “fanatismo de sangre y raza” atribuía, el prosemítico Menéndez Pelayo, a una influencia judía “que luego se volvió contra ellos de modo horrible.”⁵

Pero muerto el 19 de mayo de 1912, no se olvide, toda su obra posterior a 1881 (incluida la segunda edición corregida de los *Heterodoxos*) fue una restauración de la complejidad del catolicismo ibérico en el centro de la experiencia europea. E inspirado por la idea imperial, consideraba don Marcelino española a toda la literatura escrita en la península en cualquiera de sus lenguas antiguas y modernas, asimiladas o desterradas, lo cual le permite, actualmente, encarnar otra paradoja, esta vez la de ser, o parecer, “autonómico” y multicultural. A la España invertebrada, desde Séneca, la vertebraba su literatura y en la obra marcelinesca conviven los árabes con los judíos y los castellanos con los catalanes, los gallegos y los portugueses, sin olvidar esta orilla, pues hizo Menéndez Pelayo una *Antología de poetas hispano-americanos* (1893-1895), que fue la principal de su siglo, convertida en *Historia en*

1911. Desastrosas, para la posteridad de su empeño en América, fueron las consecuencias de su decisión de excluir a los poetas vivos, lo cual sacó de la antología a casi todos los modernistas. Rubén Darío y sus amigos, tras elevar la queja de rigor, respiraron aliviados: le habrán agradecido a don Marcelino la oportunidad de empezar su aventura liberadora desde cero y no en la ruinosa necrópolis de nuestros *clasiquinos*, de nuestros románticos juzgados tan majaderos.

En la *Antología de estudios y discursos literarios* (2009), preparada por Crespo López y una de las últimas en hacerse cargo del mantenimiento que una obra tan vasta necesita de cada generación, no faltan las piezas que le abrirán el apetito al curioso, casi todas extraídas de los siete tomos de los *Ensayos de crítica histórica y literaria*: el estudio sobre Calderón, que explicó el gusto de los románticos alemanes por *La vida es sueño*, la explicación del escaso españolismo del *Amadís de Gaula*, el elogio de *La Celestina*, las simpatías y diferencias con Croce en cuanto al amor entre las letras de la dos penínsulas latinas, las páginas decisivas sobre la cultura literaria de Cervantes y tantas otras.

Pero no es Menéndez Pelayo un escritor al cual le sean propicias, me temo, las antologías. No cultivó en demasía el artículo breve o el ensayo a la inglesa y algunas de sus reseñas delatan compromisos inconfesables, y sus disertaciones, tantas de ellas hechas para ser dichas (por él, mal orador) más que leídas, son a la vez pomposas y aparatosas. Carece de la alegría tabernaria del doctor Johnson (fue don Marcelino, se nota, un bebedor solitario) y del callo periodístico, hecho de hacer de cada uno de sus lectores un erudito, de Sainte-Beuve; pero ni las *Vidas de los poetas*, del inglés, a ratos periodismo indigesto, ni el *Port-Royal*, tan seco, del lundista, tienen ese extraño vigor narrativo de los *Heterodoxos*, ni de las *Ideas estéticas*, algunas de cuyas páginas son monótonas porque el tema

lo es (la estética española en el XVIII) mientras que otras, las introducciones al método de los escolásticos, de Kant, de Diderot (Menéndez Pelayo lo adoraba), de madame de Staël, o la exposición de las disputas entre los tratadistas de la música, de la pintura y de la literatura, desde los rescollos del platonismo hasta la querrela entre los antiguos y los modernos, son amenísimas e instructivas. Si alguien en el mundo sigue teniendo tiempo para leer será feliz en su compañía. A don Marcelino hay que leerlo, no consultarlo.

El erudito ha sido, como debe ser, enmendado en muchísimos puntos, pero sobrevive, impoluto, el prosista con alma de poeta pagano, como se ha dicho mil veces. Notoriamente, apuntó González-Blanco, fue hombre de libros y no de archivos. En Menéndez Pelayo, dijo nada menos que Manuel Azaña, otro de quienes lo despidieron hace cien años, “el crítico vigila al historiador, y el historiador se autoriza con el epigrafitista y el paleógrafo.”⁶

En sus *Odas, epístolas y tragedias* (1883) no hay poemas suyos capaces de conmovernos, pero de su poesía anticuaria proviene, con la ironía ripiosa que hace del talento genio, Jorge Luis Borges. Además, el versificador horaciano, traduciendo, deslumbra: sus versiones de André Chénier o de Ugo Foscolo poseen una austeridad —el cincel eliminando el rocócó— que mejora los originales. Su prosa, líneas y líneas donde las preposiciones enfadosas se esfuman, es quizá la mejor del español, obra de un gran escritor que todavía pensaba imposible decir algo mejor en lengua vulgar que en latín, sentencia grabada en la frontera entre él y ese nosotros fincado por Reyes, Borges, Ortega, Octavio Paz, diferencia que lo convierte, a Menéndez Pelayo, en nuestro pasado absoluto, es decir, aquel a cuya corrección algunos quisiéramos someternos.

5 Carta citada por Santoveña Setién, *op. cit.*, p. 70.

6 Santoveña Setién, *op. cit.*, p. 93.

Su vida, resumida por primera vez con liberalidad por González-Blanco en 1912, fue breve aunque suela hablarse de él con reverencia nestoriana. Su precocidad provocó que los políticos de la Restauración, sus admiradores, cambiaran las leyes para permitirle concursar y ganar la cátedra de literatura en la Universidad Central, convirtiendo el certamen en un acontecimiento nacional. Eso en 1878. Tuvo un maestro —Gumersindo Laverde— que vivió a través de él con magnificencia vicaria, indicándole el camino a seguir: el combate del krausismo (“Yo no los detesto por librepensadores sino porque no pensaron libremente y porque fueron pedagogos insufribles, discípulos de un solo libro y un solo maestro”), la vindicación de la ciencia española, el banco de la heterodoxia. Conoció las principales bibliotecas de Europa y no mucho más, interesado en leer y acrecentar la gran biblioteca que dejó en Santander, su solar. Llegó muy pronto a la Real Academia, aunque le fue negada su dirección, en 1906, por las intrigas de un amigo traidor. Fue director de la Biblioteca Nacional y habiendo sido electo, en las listas de los conservadores, diputado y senador, incumplió sus labores parlamentarias con notoria negligencia. Desde joven —según lo fue a acusar su amigo el irrecuperable novelista montañés José María de Pereda con don Gumersindo— le dio por trasnocharse, y la vida que palpita a través de su erudición ha de venir no de las herejías arcaicas sino, venturosamente, de las malas compañías. Su vejez prematura transcurrió perfumada por el alcohol y las prostitutas, sin que esas distracciones lo reconciliaran con la muerte, a la cual describió como el momento en que dejamos de leer.

Para bien, ya lo he dicho, a don Marcelino, todo le salió al revés. Quien creía que “secularizar era animalizar”, amanece en una época, la

7 La cita, resumida por mí, es de una carta a Valera, que era donde a Menéndez Pelayo le salía lo liberal (Santoveña Setién, *op. cit.*, p. 69).

nuestra, la más secular en la historia de Occidente, que lo mimaba cuando lo recuerda, y ello no es muy frecuente, como el curador de la herejía. A sus juveniles fanatismos de erudito traducidos en vida en una cortesía exquisita con sus adversarios, le sucedió una contienda civil que dejó en caricaturas a las guerras carlistas de su infancia; secuestrada su alma, guardaron su cadáver en un pético sepulcro más propio de un cruzado en versión Walt Disney que del “ciudadano libre de la República de las letras” que él quiso ser. A esa piedra le hace falta otra espada.

Se dice que murió, a los 56 años, amargado por su fracaso: el de haber sido muy liberal para los católicos y demasiado católico para los liberales. Se agregará, quizá con razón, que la ruina del nacionalcatolicismo alcanza los cimientos de una obra justificada, si de estereotipos se trata, en su pasión por el Renacimiento y no en la nostalgia de una Edad Media que más bien detestaba. No podía permanecer una eternidad cautivo entre los nacionalistas acérrimos quien empezó su carrera de erudito reuniendo todas las traducciones de otras lenguas emprendidas por quienes hablamos el español. Creo que eso fue lo intuido por Clarín.

A sus buenos lectores, concluyamos, les fue muy educativa “la pesca de herejías” en los *Heterodoxos* y Mario Vargas Llosa ha escrito, en nombre de ellos, que los progresistas deberían dejar rosas rojas, cada año, en la tumba de Menéndez Pelayo pues demostró que desde los “más remotos tiempos” hubo en España “un espíritu crítico, libertario y levantisco”. Y Fernando Savater, finalmente, se declaró convencido de que si don Marcelino hubiera cogido vivos a los herejes, “puede que los hubiese llevado a la hoguera; pero los encontró convertidos en libros y referencias bibliográficas, así que prefirió salvarlos para siempre en su libro de libros”.⁸

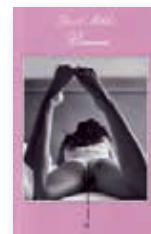
8 Santoveña Setién, *op. cit.*, pp. 112-114.

Todo esto prueba el tino de Valera, el primero en ver y juzgar medio lleno de libertades fecundas y de riesgos intelectuales, de imaginación impune, el vaso de los *Heterodoxos*: el guardián de la ortodoxia fue el verdadero heterodoxo. La esposa legítima, insisto, de este solterón inverecundo fue la religión católica; sus amantes, las heterodoxias. Sin Menéndez Pelayo, sugirió Paz, no hay Luis Buñuel: Simón del desierto clamando, elevado sobre su columna dórica, es, según yo me la figuro, una página de los *Heterodoxos* soñada por Dalí. Ya viene siendo hora de que terminen las maldiciones caídas sobre don Marcelino. Penitenciados menos insignes han sido perdonados.

Que cese el maleficio. —

NOVELA

El narcisismo en el sexo



**David Miklos
BRAMA**
México, Tusquets,
2012, 161 pp.

GENEY BELTRÁN FÉLIX

El promisorio debut de David Miklos (1970) se dio con una novela breve, *La piel muerta* (2005). En ella se narran historias de vínculos entre padres e hijos que no siempre proceden de la sangre. Y también tenemos la fundación y el devenir de Puerto Trinidad, geografía imaginada con la que el libro se afilia a ese rubro clásico de la ficción hispanoamericana (*Los pasos perdidos*, *Cien años de soledad*) interesado en la indagación del génesis comunitario. Sin embargo, *La piel muerta* marca una distancia al desarrollar una estética minimalista, con una prosa compacta y de aspiración lírica, y una estruc-

tura sustentada en un manejo elíptico del tiempo y en una diversidad de voces narrativas. Renunciando a la construcción dramática, la *nouvelle* ofrece un intrigante acertijo genealógico para poner sobre la mesa el tema de los orígenes.

A *La piel muerta* han seguido tres novelas, *Brama* la más reciente. He aquí a dos hermanos, Béla y Andrés, que han llevado siempre una relación pésima; aquel es abusivo y este dócil. La trama se centra en su desafío final, cuando han heredado a partes iguales la casa paterna y ninguno acepta dejarla. A esa convivencia se integran dos mujeres: Milena y Marina, un motivo más para el antagonismo.

Brama tiene, como es habitual en el autor, una estructura polifónica. Se compone de una serie de monólogos; el primero –vigoroso en su retrato de un escenario de abandono y ruina– y el último vienen en la voz de una entidad suprahumana que podría ser la misma casa. La diferencia con las novelas anteriores se halla en que *Brama* busca no dejar huecos para construir una diégesis integral, por lo que recurre mucho menos a la elipsis. Cada personaje hace uso de la voz para contar los hechos. Digo “contar los hechos”, y no “dar su versión”, pues lo relatado en un caso no presenta disonancias ni contradicciones con lo expuesto por alguien más. Incluso, no es infrecuente que el discurso de las mujeres ratifique el de los hombres. Por ejemplo, Moira amplía pero no altera lo referido por Béla sobre la vieja afición infantil de verla desnuda. Los dos jóvenes y la madre se refieren a este último con similares epítetos: “la gran, imperial bestia” (Milena), “la bestia desatada” (Marina), “pequeña bestia carnívora” (Moira), con lo que confirman los rasgos del primogénito ofrecidos poco antes, en cada caso, por el hermano y el padre. Esta tendencia a la unanimidad diría menos del temperamento dionisiaco de Béla cuanto del uso, según veo, un tanto elemental de la estrategia polifónica. Me explico: *Brama* no se plantea el reto de

manifestar las distintas aptitudes e inclinaciones perceptivas de cada integrante de su elenco; así, la alternancia de voces no lanza sospechas sobre la fidelidad con que cada quien reporta los sucesos y retrata a los demás. El recurso, entonces, rehúye sugerir una conciencia crítica sobre el acto de narrar en sí, que podría haber dado un mayor espesor y ambigüedad a los motivos y las decisiones. La polifonía cumple aquí un propósito solo informativo: rellenar los huecos, completar la historia. Quizá me equivoque, pero especulo que si los monólogos se pasaran a un narrador omnisciente nuestra aprehensión de los hechos acaso no se vería trastocada.

Esa visión uniforme tiene relación con la prosa. Ya en *La berrana falsa* (2008) y en varios textos de *La vida triestina* (2010) la escritura conclusiva y asmática, tejida a base de oraciones cortas, había llegado a un extremo de monotonía estilística. En *Brama* esto ocurre muy claramente en las intervenciones de Béla y Tibor, su padre, pero, con mayor o menor grado, también se discierne en el resto de las secciones. La frase corta se restringe mucho a la redundancia de la anáfora y la sinonimia (“Tibor me embarazó. Me preñó. Me dejó encinta”) y la sobrexplicación sin potencia dramática:

Mi hermano menor no es
[un hombre de acción.
Piensa demasiado las cosas.
Titubea.
No sabe lo que en realidad quiere.
Se pierde en la contemplación.

La narración también se ve tropezada con ejemplos de lirismo grandilocuente (“Marco el número telefónico de memoria, los ocho dígitos que son una especie de tatuaje en la memoria, inmunes al olvido”), aposiciones efectistas (“Milena, hembra de pronto en brama”), duplicaciones innecesarias (“Sus palabras retumban en mis oídos, su tintineo permanece en el interior de mi cabeza”) y descripciones inefectivas por vagas (“un mar calmo,

sus olas discretas. Un mar que parecía el mar del principio del mundo. El origen de todos los mares”).

Creería notar que estructura y estilo contribuyen a volver monolíticos a los personajes. Béla es siempre un patán, Milena una mujer a toda hora deseosa de sexo, Tibor un fardo que solo sale de su tedio para reproducirse. Más aún, insistiría en retomar este punto: parecieran tener, todos, la misma percepción de las cosas, entre ellas destacadamente el sexo. Porque ocurre esto: si las novelas fueran casas, las publicadas por David Miklos serían lugares de gran atractivo para lectores varones heterosexuales. En *La piel muerta*, una enfermera coge prontamente con el pintor para quien ha modelado. En *La gente extraña* (2006), un hombre y una mujer se avistan en una playa solitaria; sin hablar, ella lo conduce al hotel y luego tienen sexo. En *La berrana falsa*, la dependienta de una pensión se entrega sin mayor trámite a un tipo que ha llegado a su ciudad en condición de refugiado. *Brama* incluye más casos; en uno, Milena se ofrece a Andrés a mitad de una comida, cuando van a la cava por una botella; gracias a la posterior insistencia de aquella, este, de eyaculador precoz, se convierte en un amante infatigable. Tal visión de los roles de género, que interpreta unívocamente el deseo femenino desde el requerimiento de la satisfacción del hombre,* se halla también incorporada en el discurso de las mujeres: Milena habla de su “cuerpo siempre disponible, dispuesto a su deseo [el de Andrés]”; Moira narra cómo, el día que conoce a Tibor, apenas este señala en una enciclopedia una imagen del sexo femenino y coloca el dedo sobre el clítoris descubierta: “No dudé un instante y me alcé la falda, corrí las bragas a un lado,

* En *La berrana falsa*, la activista Lena Shul consigna en un diario la violación masiva y reiterada de la que es objeto. Pero el artificio es inconsecuente: su relato, también a base de oraciones breves, maneja una sintaxis y una dicción precisas y asépticas, como si hechos tan terribles pudieran ser descritos, pocos instantes después de que ocurriesen, de una forma tan equilibrada por quien los ha sufrido.

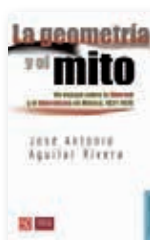
cogí el miembro colosal de Tibor y lo llevé al fondo de mi entraña.”

Alguien diría que se trata de una novela erótica, donde episodios así son la norma. Precisaría yo que, además de que la función del crítico de narrativa es leer y comentar la narrativa de cualquier género como narrativa a secas, con la intención de argumentar sobre el temple innovador de sus rasgos literarios y no sobre su congruencia con una fórmula de interés comercial, el reparo no es a las anécdotas por sí solas, sino a que, al no incluir otras perspectivas de lo sexual que las enriquezcan o cuestionen, *Brama* renuncia a expandir las formas que tiene la ficción de explorar un tema de tanta complejidad y peso histórico, pues, al ofrecer una reiterada proyección narcisista de lo viril, no transgrede sino que refuerza las expectativas básicas de un lector falocéntrico. Es decir: por limitarse a satisfacer y excitar el ego masculino, *Brama* entrega una lectura socialmente retrógrada de la sexualidad.

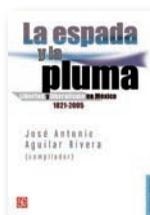


ENSAYO

En busca de la liberalismidad



José Antonio Aguilar Rivera
LA GEOMETRÍA Y EL MITO. UN ENSAYO SOBRE LA LIBERTAD Y EL LIBERALISMO EN MÉXICO, 1821-1970
México, Fondo de Cultura Económica, 2010, 151 pp.



(compilador)
LA ESPADA Y LA PLUMA. LIBERTAD Y LIBERALISMO EN MÉXICO, 1821-2005
México, Fondo de Cultura Económica, 2011, 1086 pp.

JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ
José Antonio Aguilar Rivera es hoy uno de los expositores más lúcidos y exigentes de la historia de nuestras ideas políticas. En su recorrido por los debates institucionales del siglo XIX, en su examen de la vida intelectual mexicana en contraste con la de los Estados Unidos, en sus alegatos en contra de las persuasiones multiculturales, en su ficción sobre el viaje de Tocqueville a México, incluso en su recorrido de nuestras banquetas, ha esclarecido debates cruciales de nuestra vida pública. Lo ha hecho no solamente con rigor académico y elocuencia; también lo ha hecho con un apreciable beligerancia. José Antonio Aguilar ha emprendido un viaje por la historia y la filosofía política con ánimo de batalla: para dar pelea en el México de hoy en contra de las diversas seducciones antiliberales. Ha publicado recientemente dos obras importantes para entender el camino liberal y sus extravíos en México. Dos volúmenes que se complementan. El primero es un ensayo personal, delgado y penetrante sobre el liberalismo en México;

el segundo, una compilación voluminosa de textos clásicos.

En el polemista leemos algo más que una cátedra sobre nuestra vida intelectual: encontramos a un combatiente. El primer impulso para pensar con seriedad la tradición liberal en México le vino a Aguilar Rivera con la rebelión zapatista. Un programa eminentemente antiliberal seducía a la opinión pública y a amplias franjas de la intelectualidad mexicana. Antiliberalismo profundo. Desde entonces, José Antonio Aguilar se ha dedicado a pensar críticamente la tradición liberal mexicana. Ha detectado la marginalidad, la superficialidad del argumento liberal en la práctica política y en las convicciones públicas. Aunque todo mundo se asumiera como liberal y rindiera tributo a su vocabulario, ser liberal en el México postrevolucionario era una rareza, casi una locura. Solo en la imaginación literaria había espacio para el liberalismo: en el terreno de las ideas políticas había fraseología liberal, no ideas.

José Antonio Aguilar ve el liberalismo como una ideología (es él quien emplea la palabra ideología) orgullosa y triunfante. Un paquete compacto de convicciones de utilidad universal. Siguiendo a Stephen Holmes, recoge las siguientes notas del orden liberal: tolerancia y libertad de discusión, restricciones al poder público, división de poderes, transparencia y una economía abierta a la participación de los particulares. A juicio de Aguilar, este orden tiene tres enemigos. El primero es su transformación en mito. El liberalismo se nulificó al convertirse en leyenda. Así, volteó la mirada hacia una fantasía que estaba atrás para convertirse en museo, cuento de historia patria, canción de escuela, monumento, ceremonia de poder. Nuestro liberalismo abandonó su vocación de futuro. Por otro lado, los abogados secuestraron la idea liberal y la redujeron al discurso de la constitución. La manía constitucional “puso en segundo lugar –o desapareció del todo– otras preocupaciones de índole filosófica y económica. Hizo que el liberalismo adoptara un

El trabajo en la Cervecería Moctezuma 1908

JOHN WOMACK JR.

EL COLEGIO DE MÉXICO
EL COMPROMISO DEL ESTADO EN VERDAD
LA LIBERTAD

Novedad editorial

EL COLEGIO DE MÉXICO

<http://libros.colmex.mx>

carácter excesivamente legalista y formal. *La tradición liberal latinoamericana es rica en constituciones y pobre en ideas*”. Finalmente, nuestro liberalismo ha sido poco curioso y aún menos imaginativo. Una doctrina por imitación que despega los ojos de la realidad inmediata y se contenta con calca. “Los liberales latinoamericanos fueron lectores, no pensadores.”

El ensayo sobre la libertad y el liberalismo empieza con un extraordinario retrato de Mora y de Alamán. Más que militantes de bandos opuestos, representaron dos ángulos del liberalismo nutridos de la lectura compartida de dos antirrevolucionarios: Burke y Constant. Se trata de un recuento de pincel fino que atiende las peculiaridades de sus argumentos y, sobre todo, a la transformación de sus ideas. Siguiendo a Hale, Aguilar Rivera señala el momento en que el liberalismo se extravió al mutar en positivismo. Observa la Revolución mexicana como un surtidor de inspiración antiliberal para todo el continente localizando, apenas en los márgenes de la vida pública, en la literatura y en la poesía, la sobrevivencia del espíritu liberal. Hay algunos agujeros en el recorrido que no entiendo del todo. Mariano Otero, por ejemplo. El liberalismo de Otero no es de citador, sino de pensador auténtico. Fue Otero, ese gran lector de Tocqueville, quien se dispuso a pensar a México en clave propia. Si el francés había visto la igualdad de condiciones como el hecho fundador de una sociedad nueva, Otero veía en su país el paisaje contrario: desigualdad marcada por la distribución de la riqueza. La propiedad vista como el hecho generador de la sociedad mexicana. En Otero también se observan las dificultades para construir un orden político. Sabía bien que no bastaba una constitución feliz: la política económica era clave para lograr la integración nacional. Y sí: Otero fue capaz de pronunciar con soltura esa palabra que a los liberales resulta tan difícil pronunciar: nosotros. Apunto, de este modo, a una idea no nacionalista de la nación mexicana.

Me parece que Luis Cabrera no es aquilatado en este trabajo como el estratega que tuvo que enfrentar el peor de los escenarios para un liberal: la revolución. Su sentido de realidad no lo confundió. Entendía que la revolución exigía medidas extremas pero no admitió nunca la lógica corporativa:

La voluntad de las multitudes —decía Cabrera en *La revolución de entonces*— es siempre en el fondo la voluntad de los caudillos o líderes que las encabezan o dirigen, solo que la dictadura de las masas es menos franca que la dictadura de un tirano, porque en el tirano existe una responsabilidad histórica, mientras que en la dictadura de las masas los verdaderos tiranos eluden una responsabilidad.

Para José Antonio Aguilar, Antonio Caso no fue un liberal. En efecto, para el autor de *La geometría y el mito*, Caso, el autor de ese ampuloso pero perspicaz ensayo sobre la persona humana, el héroe de la libertad de cátedra no es un verdadero liberal. Desde luego, su juicio no es una ocurrencia. Documenta que, para Caso, las libertades eran “meros corolarios de nuestra personalidad”. Caso creía que habíamos nacido para ser buenos, no para ser libres. La defensa de la libertad en Caso fue meramente instrumental. Pero también se pueden aportar argumentos en sentido contrario. En su reflexión sobre la persona y el Estado totalitario, Caso defiende al individuo sin ambages. La contundencia con la que Aguilar Rivera expulsa a Caso de la familia de los liberales ilustra mi distancia con su enfoque. En lugar de calificar el liberalismo de Caso con un adjetivo preciso, le niega pedigrí liberal. Caso no está a la altura de la geometría y por lo tanto no es, propiamente, un liberal. Es que el liberalismo de Aguilar Rivera es un liberalismo de frasco: un liberalismo contenido en una botella perfectamente sellada, después de haber pasado la estricta prueba del farmacéutico. Su examen del liberalismo mexicano termina siendo por ello,

la búsqueda del Liberalismo Auténtico y una condena a todos los liberalismos adulterados. Como si el liberalismo no fuera una cuerda de distintas fibras, Aguilar Rivera admite en su vasija solo lo que él llama el liberalismo geométrico. Más que una historia del liberalismo: una búsqueda de la *liberalismidad*.

La *liberalismidad* se entiende así como una sustancia purísima, herméticamente cerrada, a salvo de cualquier idea contaminante. En el frasco reposan derechos que no aromatiza ninguna idea del bien; los intereses hierven despojados de cualquier ilusión de virtud, y son los individuos —no las colectividades— los que nadan dentro. Esa exigente decantación química empobrece nuestra comprensión del liberalismo.

El título del libro anticipa que el gran adversario del liberalismo auténtico es el romanticismo. La clave es la desconfianza de Octavio Paz a los diagramas de organización humana. El poeta aseguraba en *El laberinto* que el liberalismo era una ideología que ignoraba la mitad del hombre: puede ser un saludable pacto de convivencia pero nada más. Las ideas liberales de Europa, apuntaba entonces, “eran ideas de una hermosura precisa, estéril, y a la postre, vacía. La geometría no sustituye a los mitos”. Planteado el debate en esos términos, Aguilar Rivera no duda en reivindicar una geometría sin complejos. El liberalismo, en efecto, ha renunciado a la comunión, pero esa renuncia no lo disminuye, sino que lo engrandece. Así, su ensayo es una defensa de la política euclidiana:

La geometría no es un plano árido de la existencia. Ofrece las coordenadas básicas que permiten ordenar al mundo. Es la pendiente de un tejado la que impide que nuestras casas se inunden. Rousseau creía, con Paz, que el deseo de calcular la superficie que habitamos no podía sino deberse a un innoble deseo de acumular. Eso es un error. La regularidad nos libera de la tiranía del detalle, de la incertidumbre de los límites, de las controversias producidas por la curva

que invade los linderos de los otros. La fe del liberalismo en la ciencia, en el poder emancipador de la razón, no se basa en una concepción disminuida, adelgazada de la naturaleza humana, sino en la certeza de que podemos transformar nuestro mundo. Tiene razón Paz: para el liberalismo cuenta más la libertad y la igualdad que el consuelo. En cierta forma, ha renunciado a la comunión. Afirma la voluntad de los seres humanos de no comulgar, de no ser miembros de un organismo, sino de ser en sí y para sí. Tal vez no sea posible reemplazar a los mitos con la geometría: la pregunta es si es posible emanciparnos de ellos.

La pareja de libros que Aguilar Rivera ha publicado con el Fondo de Cultura Económica tiene por ello el cuidado de advertir que su reflexión distingue los diversos alegatos por la libertad de los argumentos propiamente liberales. El libro flaco y el gordo subrayan de esa manera que no todos los argumentos sobre la libertad son propiamente liberales. Si Skinner ha hablado de la libertad *antes* del liberalismo, Aguilar Rivera comenta los argumentos de la libertad *fuera* del liberalismo.

La voluminosa antología sigue esta distinción: textos sobre la libertad y textos propiamente liberales. Más de un millar de páginas en donde desfilan Mora, Zavala, Gómez Farías, Otero, Vallarta, Sierra, Rabasa, Flores Magón, Luis Cabrera, Cuesta, Gómez Morin, Reyes Heróles, Cosío Villegas, Paz, Zaid, Krauze. La compilación refuerza el mensaje del ensayo: necesitamos conocer los argumentos para trascender la fraseología. El liberalismo no puede ser lo que pretende la ideología oficial: símbolo de cohesión orgánica, emblema de unidad nacional. *La espada y la pluma* no es una antología ortodoxa. Incluye, por ejemplo, al gigante que tradicionalmente se ubica en el bando contrario. Lucas Alamán aparece en el álbum de familia como uno de los pensadores más perspicaces de nuestra historia que no se dedicó a citar sino que se atrevió a pensar.

El siglo XIX es el siglo más intenso, el siglo más vivo del liberalismo mexicano. Así se refleja en el ensayo y en el compendio de Aguilar Rivera que tienen su núcleo en las primeras décadas del México independiente. La vitalidad de aquel liberalismo se expresa en su convicción y en el ánimo de imponerse por vía del argumento. En esa tradición se inscribe el trabajo de José Antonio Aguilar al reivindicar la tradición liberal como una viva tradición de combate. —



ENSAYO

Vidas y obras



Guillermo Sheridan
SEÑALES DEBIDAS
México, Fondo de Cultura Económica, México, 2011, 299 pp.

☞ MALVA FLORES

Pocos prólogos tan exactos y breves como el que Guillermo Sheridan eligió a manera de epígrafe para *Señales debidas*. En carta a Lou Andreas-Salomé, nos dice Rilke: “Mira: yo tampoco deseo apartar violentamente al arte de la vida, y sé bien que en algún lado, en algún momento, son lo mismo...” Las que aquí se presentan son, en efecto, señas y señales de nuestros poetas (los Contemporáneos, sobre todo); “lecturas biográficas” que no intentan rebatir las que ya existen o las futuras, sino que han sido escritas para dialogar con ellas.

En estos recorridos por vida y obra, lo mismo vemos a Tablada obsesionado por hacer de su casa un monasterio zen, que imaginamos la emoción de Owen observando el “Trip to the Moon” en el *cyclorama* de Coney Island —donde quizá nació *El río sin tacto*, guión cinematográfico que enlaza a Owen con García Lorca y Emilio Amero—. No menos atractivo es ver

a Henríquez Ureña regañando a Reyes y más tarde seducido por los ricos de La Habana, o la animadversión que despertó entre nuestros escritores la llegada de los *refugachos* y la “maniobra” contra la Casa de España —según la calificó Reyes, atareado en desbrozar el camino a sus “españoles intelectuales náufragos”—. Pero quizá el más elocuentemente retrato de los que construye Sheridan sea el dedicado a Gorostiza. En él somos testigos del momento dramático en que el autor de *Muerte sin fin* le confiesa a Pellicer: “No seré más una de nuestras alcobas literarias, sino el sótano irrespirable de las cosas prematuramente envejecidas [...] No sé escribir, Carlitos, esa es la dolorosa verdad...”

Hay, en *Señales debidas*, algún *mea culpa* frente a personajes como Torres Bodet —con quien reconoce haber sido injusto—, y el libro contiene un repertorio de avisos sobre los peligros de “la academia y su lamentable hijastra, la corrección política”, que han prohijado interpretaciones *multiculturalistas* que, por ejemplo, encumbran a Novo a los “altares contestatarios”, deseando que nos olvidemos de “su sumisión bufona a la *high society*, de su solidaridad con Díaz Ordaz, para merecer una segunda oportunidad por el hecho de haber sido gay”.

Sheridan encuentra linajes, familias, que exceden el coto del terruño y buscan asilo en la tradición moderna. Están aquí los poetas mexicanos y sus contemporáneos españoles, pero también sus revistas, antologías y la crítica que han suscitado. Como en todos sus ensayos, aparecen apuntes de una reflexión más amplia que, de reunirse en un volumen, supondría una brújula para orientarse en el mapa movedizo de nuestra historia literaria, pues su aguja imantada está construida con esos raros artefactos de valoración cultural: las revistas, los diarios, la correspondencia.

Al internarse en el territorio, surgen también las preguntas. De ellas, destaca una central en la crítica de poesía: “¿Cómo entender, con lenguaje crítico, el deseo de entender del lenguaje poético?” Reflexionando sobre algu-

nas interpretaciones acerca de Cuesta, Sheridan plantea entonces un problema que recorre el libro. Dice allí que el reto de la biografía, sobre todo la de un poeta, es “reconocer en la escritura no la confirmación de una actitud predestinada por el medio o la herencia, sino, precisamente, la ansiedad de una expresión que rebasa esas certidumbres, algo que no puede explicarse por esas certidumbres, que resultan en todo caso irrelevantes frente a lo que de ellas se evade; algo que no es su consecuencia sino su sublimación”. Así, el riesgo de una lectura psicológica es olvidar que los poetas son “actores y sujetos de una denodada atipicidad construida como escritura”.

Más tarde, al preguntarse sobre las vetas biográficas que se desprenden de *Sindbad el varado*, retoma este asunto y recuerda la sentencia de García Ponce cuando aseguraba que la poesía no era una novela policíaca cuyo misterio era necesario desentrañar, pues este debía permanecer “intocado”. En la poesía de Owen, la fuerza de sus imágenes nos conducía solo al “lugar del poema. En él podemos encontrar una y otra vez una historia que se cuenta precisamente porque se nos escamotea”. Pero, dice Sheridan, “el lugar poético es una realidad superior en la que priva un deleite inefable lleno de sí. Ello mismo justifica, y aun hace imperativo, el deseo de saber de qué manera está hecho ese lugar —que sí tiene importancia—; apreciar que no todo lo que se *escamotea*, por el puro hecho de serlo, supone pertenencia a ese lugar; que no siempre lo inaccesible lo es por haberse fugado ya hacia ese lugar poético, sino que puede ser inaccesible —o mejor, *difícil*— precisamente por su afán de acceder al lugar poético”.

Habrà a quienes les incomode la lectura que Sheridan hace del *Sindbad*; a mí, entre ellos. Leer el poema a la luz de la simbología de los padres, de su ausencia y de la bastardía del poeta, puede ser enriquecedor pero también restrictivo y, aunque nos permite intuir *cómo está hecho aquel lugar*, de algún modo impalpable construye un cerco a la palabra y la imagen. Hubiera preferido que

me dejara a solas con mi Owen intacto, pero entonces ocurrió el milagro al que debe aspirar la crítica: suscitar el regreso a las obras, y yo volví al poema para corroborar que la poesía siempre se salta las trancas. No me ocurrió así con las huellas que Sheridan sigue sobre la lectura que Owen hizo de Radiguet, Gide, o Swinburne —entre otros—, tan sugerentes como los guiños que encuentra en la amistad/amor entre Owen y Villaurrutia. Y es que, en la tensión que nace entre el crítico que quiere entender “el deseo de entender de la poesía” y sus aproximaciones o conjeturas, ganamos nosotros, los lectores.

No es, Sheridan, un perdiguero académico buscando adornar su vitrina con trofeos de caza. No es, tampoco, un detective, sino el familiar que va, se acerca al cuerpo cuando todos se han ido y le acerca un espejo para ver si la superficie se empaña. Entonces puede decirnos que aún hay señales de vida. —



NARRATIVA

La felicidad tampoco estaba aquí



Luiz Ruffato
INFIERNO
PROVISORIO.
VOLUMEN I. MAMMA,
SON TANTO FELICE
 trad. María Cristina
 Hernández Escobar,
 México, Elephas, 2011,
 197 pp.

JUAN PABLO VILLALOBOS

La nueva editorial mexicana Elephas nos propone el primer volumen de *Infierno provisorio*, el ciclo de cinco novelas del autor brasileño Luiz Ruffato, titulado *Mamma, son tanto felice*. Ruffato, nacido en Cataguases, Minas Gerais, en 1961, previamente publicó un par de libros de cuentos y la novela *Eles eram muitos cavalos* (publicada en Argentina por la editorial Eterna Cadencia), que obtuvo varios premios y le dio notoriedad en Brasil.

Mamma, son tanto felice narra la epopeya de la inmigración italiana en Brasil,

en particular en una región rural del estado de Minas Gerais. Se trata, como ya el título lo anuncia en tono irónico —*Mamá, estoy tan feliz*, sería la traducción del italiano—, de una epopeya fallida, de final infeliz; la historia de los despojados que atraviesan el Atlántico en busca de un futuro mejor y la de sus descendientes, quienes emigran, a su vez, del ámbito rural al urbano.

Organizada en seis capítulos que bien podrían leerse de manera independiente, la novela es un ejercicio polifónico que se construye como un torrente de voces y relatos que pueden ahogar al lector más quisquilloso, aquel al que le gusta saber en todo momento quién es el que narra, qué relaciones existen entre los personajes o a qué tiempo ha saltado el relato. El resultado es un discurso fragmentado, en el que los frecuentes cambios de voz están marcados con variaciones tipográficas y mediante el uso de paréntesis. Para escapar de la probable confusión, para salir vivo de la lectura de esta novela, hace falta abandonarse, despreocuparse de intentar *fijar* el texto y dejarse conducir de una historia a otra de la mano de sus múltiples narradores y personajes.

Si el lector acepta el desafío, la novela se lee como si del flujo de un río se tratara. Estamos ante la historia familiar de los Bicio, los Micheletto, los Finetto, los Spinelli, los Pretti, todas ellas familias italianas que se establecen en *hacienditas* de los alrededores de Rodeiro para trabajar la tierra, y algunos de cuyos descendientes terminarán emigrando a la ciudad: a Cataguases, a São Paulo, a Río de Janeiro.

Por las páginas de la novela desfilan Chiara Bicio, quien fallece a los treinta y cinco años después de veintuno de partos ininterrumpidos; doña Paula Bicio, cuyo delirio en el lecho de muerte recrea un árbol genealógico de la desgracia: Catarina, María, Virgilio, Franco, Regina, Ángela, Ivaír, Rosana, Ariana...; Nica Finetto, atormentada por el suicidio de Angelo Chiesa; Carlos Silva Finetto, quien abandona a su esposa y a su hijo y añora a una mujer

con la que se encontró apenas unas cuantas veces; Orlando Spinelli, asesinado de manera accidental por Badeco, su esclavo; Jaircito y Orlando, los hijos de Badeco, quienes mueren asesinados por problemas de drogas; Donato Spinelli, desaparecido misteriosamente, y Dusanjos, su mujer, quien habrá de recurrir al espiritismo y a las nuevas iglesias cristianas para intentar sobreponerse; el profesor Francisco Pretti, quien será enjuiciado y sacrificado como Jesucristo...

Sus historias se cuentan como relatos de un fracaso, historias sórdidas en las que el alcoholismo, la violencia, la misoginia y la incomunicación son omnipresentes: "Familia... casamiento... hijos... una insidiosa epidemia de moho impregna todas las historias, esporas furtivamente carcomiendo cualquier esperanza... así, en los primeros tiempos... así, siempre... una plaga, una maldición desembarcada del navío Carlos R, en Santos, camuflada entre la confusión de cosas traídas en los baúles", nos dice doña

Paula Bicio en su delirio agónico, sugiriendo que la premisa para emigrar, que pregonaría aquello de "allá vamos a estar mejor", es un fraude, idea que agobia a todos los personajes de la novela, sin excepción.

Ni el desarrollo económico, ni el intelectual, pueden salvar a estas familias que se debaten presas de la desesperanza y son incapaces de encontrar un sentido a la existencia: "Es una noche larga... que parece no acabarse nunca... nunca", es la conclusión a la que llega Carlos Silva Finetto al final del viaje a la playa que ha emprendido junto con su madre después del entierro del padre.

En el último capítulo el protagonista es el profesor Francisco Pretti, un exseminarista que ha abandonado Rodeiro para vivir en Cataguases y vive atormentado por la elección de la música que habrá de tocarse en su entierro: ¿Bach o Beethoven? El profesor debería representar el progreso, tal y como lo entiende la modernidad, que supone, casi como si de

una ecuación se tratara, que a mayor educación corresponde una mejor posición social y, por ende, mayor felicidad. Sin embargo, para el profesor el progreso ha significado infelicidad y se refugia en la nostalgia de la inocencia primigenia: "Aquella vidita tonta... insulsa... Y, sin embargo, ¡éramos felices! Sí, felices, porque la felicidad es la ignorancia... El hombre que no conoce, ese es un hombre feliz... El conocimiento es la serpiente que criamos para que nos pique... Es el muro que nos aparta para siempre de la felicidad..."

En *Mamma, son tanto felice*, Luiz Ruffato nos entrega una novela sólida sobre la inmigración como fuente de nostalgia y de violencia, sobre la desesperanza y la inmovilidad emocional; una mirada cruda sobre el Brasil real, una sociedad que, pareciera decirnos el autor, se desangra en el flujo de migraciones externas e internas.

Vale la pena destacar la muy acertada traducción de María Cristina Hernández Escobar. —



Los libros que no encuentras los tenemos aquí

Arte • Historia • Literatura • Filosofía • Ciencias Sociales
Lengua • Ciencias • Tecnología • Música • Cine

Más de 90 librerías en todo el país, la cadena más grande de México

Síguenos en  LibreríasEducal y en  /LibreríasEducal

Compra en línea y encuentra nuestro directorio de librerías en:

www.educal.com.mx